



Marca de Ancona, el ducado de Spoleto y otros dominios de la Baja Italia, que reunió definitivamente á los Estados de la Iglesia; puso límites á la monarquía siciliana (se entiende con este nombre el conjunto de derechos ejercidos, frecuentemente en materia religiosa, por el rey de Sicilia, en virtud de un contrato especial celebrado entre él y el papa. Bajo esta monarquía, fundada bajo el reinado de Urbano II, el rey era reconocido como legado del papa y decidía en última instancia todos los negocios eclesiásticos, grave inconveniente para la Iglesia) y renovó las apelaciones á Roma. Su imparcial severidad en sostener, aun contra los primeros poderes de la tierra, la disciplina y los intereses de la moral, se hizo bien pública con la conducta que observó con Felipe Augusto, rey de Francia (1181-1223). Acababa Felipe de repudiar á Ingeburga, princesa dinamarquesa (desde el año 1193) con la que estaba unido por legítimo matrimonio; y despues de haber declarado su divorcio, con el asentimiento probable del episcopado frances, (1) se habia desposado con Agueda de Merania (1196). Á pesar de los esfuerzos inauditos que hizo el papa para decidir al rey á que rompiese con esta union ilegítima, fué puesta Francia en entredicho (Enero 1200) y Felipe obligado á

(1) El arzobispo Guillermo de Reims declaró nulo el matrimonio, porque Ingeburga era pariente en cuarto ó quinto grado de Isabel de Hennegau, esposa difunta del rey (1193). El 14 de Enero del año 1200 fué puesta Francia en entredicho, y fué éste levantado el 4 de Setiembre. El 2 de Marzo de 1201 debia ser examinado el asunto de Ingeburga en el concilio de Soissons. El rey hizo una sumision aparente, volvió á recibir á Ingeburga, pero esto no impidió el que la encerráran despues. Habiendo muerto Agueda en el año 1201, Inocencio declaró á sus dos hijos hábiles á la sucesion; Ingeburga fué tratada con muchísima dureza. En Junio y Diciembre del año 1203, despues en 1205 y en 1208, escribió Inocencio III al rey, pero sin resultado; el rey pedía el divorcio y la facultad de volverse á casar. Por último, en el año 1213 se reconcilió con Ingeburga, vivió en adelante en paz con ella, y en su testamento rindió homenaje «á los méritos de su esposa» (Hurter, I, 186-192, 400-402, 554; II, 358). Brischar-Stolberg, t. LI, 33-67. Bonquet (Brial), *Recueil* (t. XVII-XIX). Suhm., *Geschichte von Dänemark*, t. VIII. J. M. Schultz., *Philipp August, König von Frankreich, und Ingeborg, Prinzessin von Dänemark*. Kiel, 1809. J. B. Capefigue, *Historia de Felipe Augusto* (tercera edicion, 2 vol. Paris, 1842).

volver á tomar á Ingeburga. La misma suerte cupo, en un caso análogo, á Alfonso IX, rey de Leon (1). En Inglaterra estuvo mezclado el papa en una controversia de carácter particular, en la que apareció el poder pontifical con la preponderancia que entonces tenía (2).

La promocion á la sede arzobispal de Cantorbery habia dado lugar á una doble eleccion muy disputada (1205). Inocencio III anuló las dos elecciones y ordenó que se procediera á tercera eleccion por los diputados del cabildo, que á la sazón se hallaban en Roma: éstos eligieron al inglés Esteban Langton, que fué cardenal desde el año 1212. El rey de Inglaterra, Juan Sin Tierra, príncipe mal afamado, se mostró descontento de esta conducta del papa; y para dar una prueba pública y manifiesta de ello, echó á los canónigos de Cantorbery, confiscó los dominios del capítulo y les mandó ocupar por tropas reales. El papa, que no ignoraba el proceder irreflexivo del rey Juan y que esperaba traerle al buen camino, le expuso las consecuencias funestas de sus actos, justificándose al mismo tiempo de las medidas que habia tomado: invitó á los obispos ingleses á que expusieran al rey que no pusiera obstáculos al curso de la justicia. Juan, más furioso que nunca, hizo estallar su cólera con nuevas violencias. Inocencio III puso en entredicho á todo el reino (1208). Juan usó de represalias, y redoblando su severidad contra la Iglesia, arrojó á los sacerdotes ingleses, les puso fuera de la ley, confiscó sus bienes y les abandonó á merced del pueblo; algunos fueron degollados, sin hablar de los actos de barbarie que ejerció con otros; no quedaron más que cuatro obispos que se sometieran al rey. No

(1) Hurter, I, 201, 298, 596, 653, II, 15. Stolberg-Brischar, t. XLVII, pág. 211-223. Berenguela era hija de Alfonso VIII de Castilla y pariente en segundo ó tercer grado de Alfonso de Leon, con quien habia casado en 1198. En 1199 dió á luz á Fernando (conocido más tarde con el sobrenombre del Santo), y despues otros dos hijos; en el año 1204 rompieron libremente su matrimonio, y fueron reconocidos los derechos de Fernando á la sucesion por las córtes del reino.

(2) J. Lingard, *Historia de Inglaterra*. Lappenberg-Pauli, *Geschichte von England*, t. III. Hamb., páginas 293-349.



contento Inocencio III con excomulgar al rey (1209), le declaró privado del reino, amenazando con excomunion á todo aquel que le reconociera por su rey. Estas medidas produjeron todos los resultados que de ellas esperaba el papa: Juan se vió obligado á hacer concesiones, y ¡qué concesiones! El papa, absolutamente en los términos enunciados por Gregorio VII y segun lo que habia sucedido en principio en la córte de Roma, se consideró como el representante de Jesucristo, no sólo en el imperio de la gracia, sino tambien en el órden natural, y dispuso del reino de Inglaterra. Juan Sin Tierra remitió su corona al legado del papa Landulfo, el cual la restituyó al rey en nombre del papa, para demostrar que éste tenía el derecho de quitar y de restituir los reinos; reconoció igualmente por arzobispo de Cantorbery á Esteban Langton, nombrado por mediacion del papa. Pero lo más grave aún fué que el papa depuso á Juan Sin Tierra y confirió su reino á Felipe Augusto (1), el cual, al aceptar este dón, reconoció implícitamente el derecho del papa de disponer de los imperios, y tomó todas las medidas oportunas para entrar en posesion de Inglaterra. Despues de la sumision de Juan, Felipe recibió órden de permanecer en Francia; él, sin disputa, se extrañó de ello,

(1) «El papa habia hecho concebir esperanzas al rey de Francia de suceder en el trono de Inglaterra en el caso de que Juan no se sometiera» (Hefelé, V, 728). Por lo demas, habia cometido éste tantas bestialidades y actos de barbarie, que parecia una necesidad su deposicion, y hasta los mismos ingleses se la pedian al papa. Cuando estuvieron á la vista los ejércitos de Francia y de Inglaterra, recibió el rey Juan la visita del legado Pandolf, y juró en Dower el 13 de Mayo de 1213 que se someteria á la sentencia del papa. El 16 de Julio, 1213, volvieron á Inglaterra Esteban Langton y los obispos expulsados; el 20 de Julio fué Juan absuelto de la excomunion; se convino en que Inglaterra é Irlanda fueran feudos del papa, y en reconocimiento de este título pagarían anualmente en Roma 1.090 libras esterlinas. Poco tiempo despues, el 29 de Junio de 1214, fué levantado el entredicho que pesaba sobre Inglaterra hacia ya seis años y tres meses. Batió por los franceses en Bovines, cerca de Lila (27 de Julio de 1214), con Othon de Braunschweig, se vió arrancar la gran carta por la nobleza insurrecta de Inglaterra. Inocencio III tomó entonces su defensa, excomulgó á sus enemigos y suspendió á Esteban Langton, hostil á la causa del rey.

pero al fin se resignó. La historia de Alemania nos ofrece igualmente ejemplos de este poder ilimitado de los papas: Alemania era el país que daba más que hacer á los papas en aquella época: ella absorbía toda su solicitud.

Enrique VI, muerto el 28 de Setiembre 1197, habia dejado un hijo menor (nacido el 26 de Diciembre 1194), que más tarde fué conocido con el nombre de Federico II. Ya los alemanes le habian reconocido por rey, pero como era menor de edad, los príncipes de Alemania retiraron su promesa y procuraron nueva eleccion. Los votos fueron divididos entre Othon, hijo de Enrique el Leon, y Felipe de Suabia, tío de Federico II (1198). Ambos tenían casi los mismos derechos y eran iguales en poder. Inocencio III se declara en favor de Othon y excomulga á Felipe de Suabia (1). Felipe, no obstante, se sostuvo; renueva las relaciones con Inocencio III y le hizo las más grandes promesas relativas á los privilegios eclesiásticos. Ya casi se aseguraba que se haria reconocer de los papas, cuando fué asesinado cerca de Bamberg (21 de Junio de 1208). Othon IV iba, pues, á quedar pacífico poseedor del reino, á condicion de obligarse á

(1) Hefelé *Wie dache sich Innocenz III das Veralt-nis des Papstes zur kaiservwahl?* (Tüb. theol. Quartalschrift, 1862, p. 603-623); Concilien-Geschichte, V, 677, 683-699; D. Abel, *König Philipp der Hohenstaufe*, p. 486, Berl., 1853. Felipe tenía sobre él la prioridad de la eleccion y la mayoría de los príncipes; pero la coronacion de Othon (en Aix-la-Chapelle, 12 de Julio de 1198, por el arzobispo Adolfo de Colonia, que tenía el derecho de coronacion), parecia más legítima (Innoc. III *Registrum de negotio romani imperii* (sólo hasta 1209) apa. Migne, t. CXXIV). Behmer, *Regesten d. kaiserreich v. J. 1198-1254*. Stuttg., 1849. El papa rehusa todo el tiempo posible el intervenir en este negocio; pero reclama el derecho de conferir la corona imperial y darla al rey que le parezca legítima, es decir, que en presencia de dos candidatos contendientes, si los alemanes no llegaban á entenderse, era el papa quien decidía. El papa nombra á Othon, porque le pareció menos hostil á la Iglesia que Felipe (1201). Othon, en reconocimiento, se llama emperador romano por la gracia de Dios y del papa, y modelo especial de la Iglesia romana. (Phillips, *kirchenrecht*, III, 192-231; Phillips, *Die deutsche künigswahl bis zur goldenen Bulle*. Wien, 0858). En consecuencia de este acto, Othon vió crecer su poder (1203); si declina en seguida fué por su propia falta. Muerto Felipe, Othon fué generalmente reconocido (Noviembre, 1208), gracias, sobre todo, á Inocencio III.



cumplir todas las promesas que Felipe había hecho al papa.

Mas apenas coronado emperador, aprópiase Othon todas las máximas de sus antecesores; ocupó la Marca de Ancona y Espoleto á título de feudos imperiales, permitiéndose otra multitud de cosas, que descontentaron en gran manera al papa. Excomulgado en 1210, fué depuesto en 1211. Inocencio III llama de Alemania á Federico de Sicilia, hijo de Enrique VI, todavía de menor edad, é invita á los alemanes á que le nombren rey (1). Gran parte de los príncipes únense en seguida al jóven Hohens-tauffen, que da grandes esperanzas. Obligado á dejar la Italia, abandonado de todos, lleno de humillaciones y privado de toda autoridad, muere Othon en el más profundo desprecio. Federico, segun el parecer de Inocencio III, fué coronado rey de los alemanes en Aix-la-Chapelle.

Estos pocos ejemplos demuestran claramente el maravilloso progreso que la autoridad y poder de los papas habían hecho bajo Inocencio III; podemos decir más: que apenas había

(1) Inocencio III, para precipitar al indigno y peligroso Othon, sacrifica las poderosas razones que militan contra la union de la corona siciliana á la alemana, y al declararse por Federico II, da al mismo papado el enemigo más peligroso. (Hefelé, *Quartalschrift*, 1862, p. 620.) Pertz, *Monum. germ. Leges*, II, p. 201, 216, 224-233. Othon IV rompe al instante la promesa que hizo en su coronacion (4 Octubre 1209). «La historia conoce pocos ejemplos de tan negra ingratitude» (Boehmer, *Regestes*, p. 19.) En Noviembre de 1210 y el juéves santo, 1211, le excomulga el papa por ser perjuro y haber atacado á la Sicilia y Estados de la Iglesia. Federico II, elegido rey de Alemania en 1212, promete al papa (12 de Julio de 1213) ser su «bienhechor y su apoyo»; pero no hizo más que Othon IV. Se debía suprimir el derecho de expólios, restablecer las apelaciones á Roma y la libre eleccion de los preladados, garantir el Estado de la Iglesia y restablecerle en su situacion territorial, comprendiendo la donacion de Matilde. Para oprimir «al niño de Sicilia y rey de los sacerdotes», Othon IV se une á Juan de Inglaterra; pero derrotado en Bovines por los francos (27 de Julio 1214), volvió al Braunschweig y murió sin gloria, pero arrepentido (19 Mayo 1218). Federico II fué coronado en Aix-la-Chapelle el 25 de Julio de 1215, y promete una cruzada. (Schirmacher, t. I; Otto Abel *Kaiser Otto IV und König Friedrich II*. Berl. 1856; Wiederhold, *De bello, quod Otto IV gessit cum Frederico II. Regiom.*, 1857; Stolberg-Brischar L (V), páginas 164-252).

en Europa un Estado á quien Inocencio III no hubiera impuesto leyes, dado garantías de paz ó confirmado tratados con un estado vecino. En Hungría fué el árbitro de la concordia entre el rey y los príncipes. Pedro de Aragon deposita espontáneamente su corona sobre el sepulcro de San Pedro, y la recibe en seguida de manos de Inocencio III. Juan, rey de Bulgaria, recibe igualmente de él la corona real (1).

Cuando este poderoso papa, cuyas cualidades personales, como hemos dicho, contribuyeron en alto grado al engrandecimiento del papado, sintió aproximarse su fin, convoca un concilio universal (1215), el cuarto de Letran, uno de los más brillantes que jamas se habían reunido. Se contaban cerca de cien arzobispos, cuatrocientos doce obispos, ochocientos abades y priores, los patriarcas de Constantinopla, Antioquia y Jerusalem, ya en persona, ya por medio de sus representantes, los delegados de todos los reyes de Europa y un grandísimo número de príncipes, yendo en persona muchos soberanos (2). Este concilio presentó al poder pontificio en todo su esplendor y en toda su extension. Los excelentes y numerosos cánones que decretó conciernen á los más graves intereses de fe y disciplina, de los cuales más de una vez tendremos ocasion de hablar (3).

Habiendo sido elevado á la santa sede en 1198, Inocencio III muere el 16 de Julio de 1216, despues de un reinado de diez y ocho años.

El mismo Federico de quien arriba hemos hablado, y que era deudor del trono de Alemania á Inocencio III, causa á su sucesor no sólo mucho disgusto, sino tambien las más vivas alarmas y los más agudos dolores que puede sufrir un papa. Además de la corona de Alemania, debía tambien á Inocencio III la corona de Sicilia, que había obtenido por derecho de

(1) Hurter, *Peter I von Inocenz III gekrönt*, I, 657, II 168; IV, 167 (sobre la Hungría). Bulgaria, I, 503. 667 (fué más tarde infiel á la Iglesia y combatió las cruzadas). Dan. Lessmann, *Papst Inozenz III und Fürst Michael Glinzki*. Berl. 1830.

(2) Hefelé, *Conc.*; *Geschichte*, V, 777-806.

(3) Abierto el 11 de Noviembre de 1215; no hubo más que tres sesiones, 11, 21, 30 de Noviembre, dándose setenta decretos.



sucesion. Este papa, que nombrado su tutor por su madre Constancia, le había salvado, en presencia de las hordas rebeldes á Nápoles y Sicilia, era el que por sus sábias medidas, por el apoyo que no cesó de prestar á Federico, por los enormes sacrificios pecuniarios, le había mantenido en la posesion inviolable de sus provincias hereditarias; y por último, la mejor parte de su educacion se la debía á este papa, quien tenía fundadas en él las más grandes esperanzas, precipitándose en ponerle en posesion de la herencia de sus padres. Pero las cosas cambian de un modo inesperado. Federico había recibido de la naturaleza nobles y ricas cualidades; pero un aire pestilencial había soplado sobre él, y su recuerdo despierta más de una dolorosa impresion. No le tenemos mala voluntad, precisamente por haber procurado, desde que fué rey y emperador, el defender las prerrogativas imperiales; pero va todavía más lejos que sus predecesores, hizo multitud de cosas que nos le presentan bajo un aspecto extraño del todo á los hombres de la edad media. Es necesario entrar aquí en algunas consideraciones, á fin de descubrir el secreto de la gran lucha que bien pronto va á desenvolverse. Los hechos particulares, conocidos son por la historia política; pero importa muy mucho distinguir los principios que en la edad media fueron el alma de los acontecimientos, tanto más cuanto que servirán para explicar la mayor parte de los hechos que se van á realizar.

En suma, Federico II marcha por el mismo camino que su abuelo Federico I, pero le sobrepaja en latitud y profundidad. En el período trascurrido desde la muerte de Federico I (10 de Junio de 1190) y el principio del reinado de Federico II, el poder pontificio se había acrecentado considerablemente. El principio era el mismo, pero el magnífico desarrollo que le hemos visto tomar había engrandecido mucho la influencia del papa. De aquí proviene que el mismo Federico creyóse obligado, como emperador, á procurarse más ámplio camino para defender los derechos del imperio contra el papado. Desde el principio de su reinado había recogido ciertos principios que, sin duda, fueron conocidos bien pronto del papa, y que él mis-

mo, llegado á una edad más avanzada, formula públicamente en una carta dirigida á su contemporáneo San Luis, rey de Francia, como se ve en la coleccion de cartas de Pedro des Vignes, su canceller y secretario. Un pasaje de esta carta dará una justa idea de las miras y tendencias de Federico: «Mis esfuerzos, dice, han tendido siempre á reducir á los eclesiásticos, y sobre todo á los de alto rango, al estado de la primitiva Iglesia, en donde llevaban una vida apostólica y seguian la humildad del Señor. Los sacerdotes entónces estaban aún en relacion viva con un mundo superior; curaban á los enfermos, resucitaban á los muertos, se sujetaban á los reyes y príncipes, no por las armas, sino por sus virtudes. Los sacerdotes actuales, por el contrario, son esclavos del mundo; embriagados en los placeres menosprecian á Dios, y el exceso de sus riquezas ahoga en ellos todo sentimiento profundo y religioso. Sería, pues, una obra caritativa quitarles sus riquezas corruptoras, y para ello es necesario que vos (San Luis y los otros soberanos de Europa) secundeis mis esfuerzos.»

Si Federico I no había aspirado á hacerse dueño de Italia más que en lo necesario para ejercer los derechos de soberanía sobre los Estados de la Iglesia, á fin de poder así impedir que el papa diera decretos de deposicion, su fin era el arrebatarse por completo al papa los Estados de la Iglesia, quitar á los eclesiásticos los feudos y reunirlos todo al imperio. Este fin capital, siempre le había tenido fijo Federico desde el principio de su reinado; y es, dice en su carta á San Luis y demas soberanos, «á lo que siempre han tendido sus esfuerzos.» Tambien tenemos de San Luis una carta, que figura igualmente en la coleccion de Pedro des Vignes, en la que este piadoso rey dice que Federico II trataba de reunir el sacerdocio al imperio (1).

Así, mientras que los papas de este tiempo creían que todo el poder temporal se reasumía

(1) *Epistola Petri de Vineis, cancellarii Friderici II imp.* (muerto en 1249) cur 7.—R. Iselin, *Basil.*, 1749, in 2 vol.—S.—Fr. Hahn, *Collectio monumentorum veterum*. Bruns., 1724-1736, I, p. 116-278.—*De rebus gestis Fridericii II*, *Basil.*, 1566.



en el papado, Federico II, según San Luis, había formado el propósito de reconcentrar en su persona imperial y real la suprema dignidad eclesiástica. A estos extremos habíase llegado bajo el reinado y por los esfuerzos de Federico II.

Esta misma tendencia la encontraremos todavía más tarde en un emperador, Maximiliano I, excelente cristiano por lo demás y del todo favorable (1) á la Iglesia. Este pensamiento, pues, si Federico le había tenido, en verdad, no sería en sí lo que le hacía tan excéntrico y sorprendente. Ved, pues, lo que sobre todo nos asombra en Federico, lo que explica á la vez la cólera violenta de los papas contra él, cómo después que se descubrió el asunto fué completamente repudiado por su siglo; cómo á pesar de todo su poder, apenas podía moverse; cómo, en fin, contrariado en todos sus proyectos, derrotado dentro y fuera, sucumbe en la lucha que había provocado.

En su querrela con el papado, Federico II se había separado de la doctrina de la Iglesia, representada por el papa y por todo el episcopado. Este hecho indudable hállase confirmado, aun por los autores mahometanos. Se han publicado en París, y no hace mucho, extractos de autores mahometanos contemporáneos de las cruzadas, y que han escrito, sin duda bajo su punto de vista, la historia del siglo XIII. Al hablar de la estancia de Federico II en Palestina, mientras la cruzada (1228) dicen que se declaró más de una vez contra las doctrinas

(1) Tan favorable, que en su vejez se da por hacerse jefe de la Iglesia, papa, casi tanto trabajo como el ambicioso Wolsey, canciller de Inglaterra.—Alfr. Beumont, *Beiträge zur italien. Geschichte*, 6 volúmenes, Berl., 1853-1857. Tomo III, *Den kardinal Kelsey und der heil. Stuhl*; Kar. Lanz, *Aktenstücke v. Briefe zur Geschichte kaiser Karl's V*, Wien, 1857. Jos. Aschbach, *Hatte kaiser Maximilian I die Absicht Paps zu werden*, en *Die ringer, Zeitschrift für Wissenschaft und Kunst*, t. III, Köln, 1845. En 1511 escribía á su hija Margarita: «Mañana envío á Roma al obispo de Gurk, para que pida al papa (Julio II) que me tome por su coadjutor.» Este hecho, por ser absurdo, no es menos histórico (Le Glay, *Correspondencia del emperador Maximiliano y de Margarita de Austria*, II, 57. Alb. Jäger *Veber kaiser Maximilians I Verhältnis, zum Paps Khume* Wien, 1854).

del cristianismo (1). Estos testimonios, dados sin pasión ni preocupación, y confirmados por autores de Occidente, no permiten casi dudar. De ningún modo, aun admitiendo este hecho, me atrevería á precisar exactamente en qué consistían sus errores; no es porque nos falten documentos y reseñas, pues los tenemos hasta en los de los papas y las actas del proceso de Federico; pero todos estos datos son poco coherentes, y aun se contradicen en parte.

Gregorio IX (19 de Marzo-21 de Agosto de 1241) (2), con quien Federico rompe en seguida de una manera estrepitosa, le echa en cara como un crimen inaudito de haber tratado de impostores á Moises, á Jesucristo y á Mahoma, y principalmente de haber dicho que Moises y Mahoma habían muerto con gloria, mientras que Jesucristo había muerto de una manera ignominiosa; repróchale también por haber pretendido que era imposible que el Criador hubiera nacido de una criatura, es decir, que Dios se hubiera hecho hombre, que Jesucristo hubiera sido concebido por obra y gracia del Espíritu Santo; y finalmente, le acusa de sostener que no debe creerse más que lo que puede ser demostrado por la razón. A creer al historiador inglés Mateo París, célebre religioso benedictino, semejantes cargos eran otras tantas calumnias, inventadas por los enemigos de Federico. El mismo historiador, después de haber citado varias anécdotas, inventadas igualmente según él por los enemigos de este príncipe, dice al terminar: «Sólo Dios sabe lo que hay de verdadero y falso,» con lo cual deja indecisa la cuestión. Siguiendo al autor de una historia de Gregorio IX, los extravíos de Federico II provenían de sus

(1) Reinaud, *Historia de la cruzada del emperador Federico II*, 2 tomos, 1829.

(2) Honorio III (1216-1227) *Epist. CXXLVIII de rebus francicis ab ann. 1216-1222*, lib. X: ap. Bouquet, XIX, p. 610-778.—Hefelé, *Paps Gregor. IX und kaiser Friedrich II, der Kreuzzug des Letztern*, en *Tüb. theol. Quartalschrift*, 1863, p. 252-282.—*Conc. Gesch.*, V, 849-869. El tratado de *tribus impostoribus* no es de Federico, que niega el propósito que se le había imputado en el breve de 21 de Mayo de 1239, y dimana del siglo XIII.—Hefelé, I, 340-343, en *Beiträge zur kirchen geschichte*.



relaciones con los griegos y con los mahometanos, los cuales, en su calidad de astrólogos, habían hallado acceso en su espíritu, prediciéndole el imperio universal. El mismo historiador asegura que Federico II se creía de una naturaleza distinta de la de los demás, y decía que Moises, Jesucristo y Mahoma eran «tres impostores,» y que estaba llamado á destruir una cuarta impostura, el papado. En el relato de este biógrafo notamos igual contradicción; pues al mismo tiempo que acusa á Federico de tener una afición muy pronunciada al islamismo, le hace tratar á Mahoma como un impostor. Por lo tanto, aunque sea una cosa cierta que el alma de Federico se hallaba corrompida por el soplo de la incredulidad, es imposible señalar exactamente y con todos sus pormenores en qué consistían sus errores. Algunos historiadores más modernos han creído que podía atribuírsele, no sin fundamento, el tratado *De tribus impostoribus*, parte del cual se propagó en un principio clandestinamente, y después públicamente, de cuya opinión no participo. Ese escrito, que poseemos aún, y que es uno de los más abominables que existen, data del siglo XVII, y ha sido uno de los orígenes de la incredulidad del siglo XVIII. Hay razones poderosas que demuestran, en mi opinión, que no proviene de la edad media; pero que no atañen á la cuestión.

Hé aquí, pues, á lo que había venido á parar Federico II. Y sólo porque había llegado á este extremo, y sus contemporáneos lo sabían, nos explicamos sus desavenencias con el papa, lo mismo que su defección. Voy á exponer sucintamente los detalles, á fin de hacérselos recordar á los que los hubieran leído en otra parte.

Después de haber sido coronado Federico en Aix-la-Chapelle rey de romanos y rey de los alemanes, se comprometió á mantener separada la Sicilia de la Alemania, á no instituir á su hijo Enrique rey de Alemania á la vez que de Sicilia, y á emprender una cruzada lo más pronto posible. Ninguna de estas cosas cumplió Federico: dilató la cruzada bajo diferentes pretextos, y esta sola causa le ocasionó más de mil tropiezos con Honorio III, por más que este papa, dotado de una gran bondad de

corazón, no llegara nunca á una ruptura propiamente dicha.

No sucedió lo mismo bajo el pontificado de Gregorio IX. Federico II fué excomulgado (29 Setiembre de 1227), é intentó vanamente ponerse á la cabeza de una cruzada, porque se tenía, como una cosa imposible y deshonorosa, que un príncipe excomulgado llevase el estandarte de la cruz y se batiese contra los infieles.

Sin embargo, en 1230 se restableció la paz entre Gregorio IX y Federico II; pero no zanjó ninguna cuestión pendiente y duró muy poco tiempo. Los combates felices, é importantes por sus consecuencias, librados por el emperador en Lombardía, inquietaron al papa. Por lo mismo que temía sus últimas consecuencias y que pesaban graves acusaciones contra Federico II, le excomulgó nuevamente y se lo hizo saber á toda la Iglesia. Federico se justificó en cartas dirigidas á todos los soberanos. En estos documentos públicos vemos con pena que el papa y el emperador se trataban mutuamente de una manera poco conveniente. Los términos ofensivos que en ellos emplearon no podían menos de desprestigiarlos á los ojos del mundo y contribuir tal vez á desacreditar el imperio y el papado. La discordia llegó hasta el punto que Gregorio IX resolvió reunir un concilio general para discutir y resolver en él la querrela. Pero Federico se apoderó de una parte de los obispos que se dirigían hácia Roma (13 Abril de 1241), y reteniéndolos prisioneros, impidió la reunión del concilio.

Gregorio IX murió de pena y de una edad avanzada (21 de Agosto de 1241), sin haber tenido la suerte de realizar ninguno de sus proyectos contra Federico (1).

(1) Hefelé, *Conc.-Gesch. Die Beziehungen zwischen Friedrich II und Gregor. IX, vom Frieden zu San Germano (21 de Julio de 1230) bis zur Excommunication des kaisers (20 de Marzo de 1239)*, pág. 879-894.—*Die letzten kämpfe Friedrichs II und Gregor. IX vom J. 1239-1244*, pág. 339-951.—Federico II decía con motivo de la muerte de Gregorio IX: «El dios Augusto ha arrebatado á aquel que había osado ofender á Augusto; á aquel que ha expuesto á tantos á la muerte, y ha sido él mismo su presa. Por más que el difunto mereciera nuestro odio, le hubiéramos deseado más larga vida, á fin de que pudiera reparar sus escándalos.»